

**CUENTO N° 203**

**TÍTULO: UNA EXPERIENCIA MARAVILLOSA**

**SEUDÓNIMO: MAORI VICAN**

**AUTORA: ANA PATRICIA OLGUÍN OYARCE**

## UNA EXPERIENCIA MARAVILLOSA

Dormía en la hamaca amarrada a los firmes troncos de los dos árboles que habían crecido frente a frente, cuyas ramas se topaban entre sí. La fresca brisa la mecía suavemente. ¿Por qué estaba allí, acompañada con su madre y el cachorro que recogió en el campo? Él se había ido. La arrancó del hogar paterno prometiéndole amor eterno. Los golpes eran las caricias que le propinaba y sus palabras eran los ofensivos versos que le recitaba. ¿Qué pasó? ¿Qué hice mal?, se preguntó mil veces. No lograba entender que los separó ni qué ocurrió entre ellos. - Me enamoré de otra, le dijo cuando abandonó la casa y cerró de un portazo. Lloró sin parar hasta el día que el aleteo de unas mariposillas en su abdomen la hicieron despertar de su pena, la que se convirtió en alegría. ¡Estaba embarazada!

Una puntada de dolor la despertó sobresaltada e instintivamente se llevó las manos a su abultado vientre el que acarició con ternura. Pronto nacería su bebé y su vida sería otra, de eso estaba segura. Contempló el paisaje que tenía ante sí. Estaba en la parcela de sus padres. Ellos, en común acuerdo, la habían llevado hasta allí para reponerse de su tristeza y para que viviera el proceso de su embarazo tranquila en la casa de campo. ¿Era una desgracia estar preñada y abandonada por su hombre? - ¡No!, le dijo con firmeza doña Mercedes, su madre, el día que se lo comentó. - ¡Saldrás adelante! Todo ese amor que tenías en tu corazón por ese hombre que no te merece, lo volcarás en ese niño o niña que vas a tener al que amarás y darás todo, hasta tu vida, si es necesario. ¡Tenía razón su madre! Amaba a ese ser que estaba dentro de ella, que le hacía palpar su corazón, le ocupaba sus pensamientos y le invadía sus sueños. Disfrutaba ver crecer su barriga. Cada noche,

antes de dormirse, le hablaba de la luz, del sol, de los colores, de todo lo que ella veía, olía o escuchaba. Sabía que su bebé la oía, que conocía su voz y el sonido de su guitarra cuando le cantaba. ¿Qué importaba que la haya dejado? - ¡No serás necesario en nuestras vidas! - susurró al viento para que llevara sus palabras hasta los oídos de aquel hombre que tanto amó.

Poco a poco fue muriendo el día. El sol se fue escondiendo tras las colinas para dar paso a la majestuosa luna y su manto de estrellas. Con suavidad se bajó de la hamaca, recogió sus cosas y, acompañada de "Copihue", su perro, entraron a la casa. Sintió el calor que reinaba dentro. Era un calor de hogar, de familia y del amor que su madre le brindaba a ella, su única hija, apoyándola, dándole fuerzas, aconsejándola. La encontró sentada en la vieja mecedora que fue de su abuelo, tejiendo a crochet unos blancos botines. Al oírla entrar, levantó la vista.

- ¿Cómo te sientes? -preguntó dejando el tejido de lado.

- Bien, mamá, pero me despertó una fuerte puntada en el bajo vientre.

La mujer se levantó de la mecedora y se acercó a la joven palpándole el abdomen como si fuera una experta partera. - Aún falta para el parto, comentó.

Después de cenar, vieron las noticias en la televisión y se acostaron temprano. Ninguna de las dos se durmió de inmediato. Doña Mercedes, pensando en el cambio que experimentarían los tres, ella, su marido y su hija cuando naciera el niño o niña. El sueño la venció sin darse cuenta. Mientras, en su dormitorio, la joven, tendida sobre la cama, se había subido el camisón y contemplaba emocionada los movimientos ondulantes que su bebé le producía en su vientre, el que masajeaba hablándole suave hasta que Morfeo la lleva al mundo de los sueños.

Despertó temprano. La primaveral luz del sol entraba por su ventana. Respiró hondo y se dio cuenta que estaba mojada. –Me oriné y no me di cuenta –se dijo. Echó la ropa de cama hacia atrás, se levantó con lentitud y calzó sus zapatillas de levantar. Sintió que le corría agua por sus muslos jóvenes. - ¿Qué ocurre? – se preguntó - ¡Mamá! gritó asustada.

La llamada surtió efecto y en un dos por tres apareció la madre en la puerta del dormitorio, ya levantada y vestida para comenzar las actividades del día. El aroma a jabón invadió la estancia. - ¿Qué ocurre? -preguntó Mercedes que entendió de inmediato el llamado. Su hija había roto fuentes y estaba por nacer el bebé.

–Mamá, que pasa. -preguntó la joven, asustada y a punto de llorar.

-Tranquila, hija, le dijo. Tu guagua ya quiere nacer –le respondió ocultando su nerviosismo. -Verás que todo va a salir bien-. Rápidamente buscó un juego de toallas, las puso sobre la cama e hizo que Josefa volviera acostarse, luego, se dirigió a su dormitorio. Cogió el celular que estaba sobre el velador. Llamó a Emergencias y al 133 exponiendo la situación en ambas llamadas. Volvió al dormitorio de su hija – Ya llamé a Emergencias y pronto vendrá una ambulancia, le comentó para tranquilizarla al tiempo que se prepara mentalmente para atender a su hija cuando comenzara el trabajo de parto. Por la lejanía de la casa del centro hospitalario del pueblo, era muy probable que la ambulancia demorara en llegar.

No pasaron ni cinco minutos, cuando golpearon la puerta. ¡Ya llegaron! –dijo sorprendida y rápidamente se dirigió hacia la puerta de entrada de la casa. Abrió y en el umbral aparecieron dos jóvenes carabineros.

-Buenos días, señora. ¿Cuál es la emergencia? -preguntó el sargento.

No alcanzó a contestar. El afligido llamado de su hija, fue la respuesta.

-Mamá, mamá, ya viene.....

Rápida y seguida de los uniformados, Mercedes los conduce al dormitorio de la joven.

-Tranquila, la ayudaremos - le dijo el sargento. Se saca la chaqueta del uniforme, se arremanga las mangas de la camisa y se quita la corbata institucional. -Necesito lavarme las manos, manifiesta.

En el lavatorio que estaba encima de la vieja cómoda, Mercedes vació agua. El uniformado se lavó las manos hasta los antebrazos, secándose luego con la toalla que le fue extendida. Seguidamente, se dirige a la cama de Josefa que lo miraba asustada. La joven tenía las piernas abiertas y ya se vía aparecer la cabecita del bebé. Sin perder su don de mando, el uniformado se dirigió a Mercedes:

-Tenga lista toallas y sábanas para depositar al bebé cuando nazca y unas tijeras desinfectadas para cortar el cordón umbilical y Ud. Cabo, me ayudará con la madre.

-Si mi sargento, le respondió la subalterna tratando de no mostrarse nerviosa. Iba a presenciar y ser partícipe del nacimiento de un niño. Nunca había visto nacer ni siquiera un animal, menos un ser humano. Aunque siempre escuchó que tener un hijo era doloroso, cuando ella fuera madre iba a tener mucho miedo. Así y todo, se sentía bendecida por vivir la experiencia de ver un nacimiento como el que iba a presenciar.

-¡Puje, puje! -oyó decir a su superior dirigiéndose a la joven madre se esforzaba para pujar. Miraba como su rostro se colocaba rojo con el esfuerzo. ¡No grita como

en las películas!, pensó la Cabo Aguilera. Observó como las manos del Sargento cogía la cabecita del bebé que asomaba por el canal de parto.

- ¡Ahora! ¡Puje, puje! - le animaba el Sargento de Carabineros.

Poco a poco fue saliendo el cuerpecito del bebé hasta que quedó fuera del vientre materno. Siempre dueño del control de la situación, el Sargento le pasó la bebé a la Cabo Aguilera que recibió el rosado y tibio cuerpecito. Luego, cortó el cordón umbilical con las tijeras que la madre de la parturienta, doña Mercedes, le pasó. Por su parte, la Cabo envolvió y limpió sus vías respiratorias como le habían capacitado para estos casos y frotó el palpitante cuerpo de la recién nacida. El llanto de la bebita no se hizo esperar, como presintiendo que ahora debía respirar por sí sola, no a través de ese cómodo y abrigador lugar donde la había cobijado su madre durante casi nueve meses.

- ¡Es una hermosa niña!, le dijo el Sargento Suarez a la nueva madre, mirándola orgulloso y emocionado a la vez. Aquella bebita le había removido sus sentimientos paternales. Cuando sea padre, se dijo, me gustaría estar con mi esposa y presenciar el nacimiento de nuestros hijos. Respiró profundo y salió de la habitación. Había sido partícipe y ayudado en el nacimiento de un ser humano. Estaba sudado entero y necesitaba respirar aire fresco. Sintió que sus tensionados músculos se relajaban. Todo había sido muy rápido. ¡Que hermosa experiencia he vivido! -se dijo orgulloso.

La Cabo Aguilera puso sobre el pecho de la madre a la recién nacida. Por los rostros de las dos mujeres: madre e hija, corrían lágrimas de emoción y felicidad al ver aquella pequeñita meciéndose al compás de la respiración de quien hasta hace poco

la cobijaba en sus entrañas. -¡Que linda!, exclamó la ahora abuela. ¡Eres mamá!, le susurró doña Mercedes amando aún más a su hija, abrazándola y besando su frente.

-Felicitaciones, señoras -dijo la Cabo y salió del dormitorio. No quería que sus ojos la delataran de emoción por la prueba vivida.

Ni cuenta se dieron cuando entraron a la habitación la matrona y dos paramédicos llevando una camilla, seguidos por el Sargento que los hizo entrar. Lo profesionales hicieron los exámenes de rigor, felicitaron a los dos carabineros por el trabajo realizado y subieron a la ambulancia a la madre y su bebé.

-¡Todo ha sido tan rápido! - exclamó doña Mercedes - ¿Cómo supieron?, le preguntó a los dos policías.

-Estábamos haciendo nuestra rutina de reconocimiento con la Cabo Aguilera y escuchamos su llamado. Avisamos al Retén y acudimos a la emergencia. -respondió Suarez - Vamos, señora, suba a la patrulla. La conduciremos al hospital donde llevan a su hija y nieta. ¡Felicitaciones, ahora Ud. es abuela!, concluyó el oficial.

De regreso a su unidad, los dos carabineros hicieron el informe respectivo. Ante de irse a sus hogares por término de la jornada, Suarez le dijo a su compañera de patrulla, ¡Vaya experiencia hemos vivido hoy, Cabo Aguilera! – Así es, mi Sargento, fue una maravillosa experiencia. – respondió ella.